



## Romeo Murga

Señor Director:

Es incuestionable que dentro de la poesía chilena, tan pródiga en autores excepcionales como nuestro Nóbel -la Mistral y Neruda- merece mayor atención que la dada hasta hoy aquella denominada "generación poética del año 20", en donde destacan Alberto Rojas Giménez, Joaquín Cifuentes Sepúlveda y Romero Murga. Diferentes juicios ameritan su trascendental valor en la lírica nacional si creemos como en el decir mistraliano que el poema es como "piedras del mundo pastoreadas/ enderezarse de las piedras/ para juntarse con sus almas". Así estos jóvenes vates son calificados por Jorge Teillier -refiriéndose a Murga- como "ángel guardián que llega a la casa de la poesía por sólo un instante, la ilumina silenciosamente con una linterna, y luego desaparece". Sí, el ángel guardián al lado de aquel ángel caído que era Rojas Giménez, y del ángel perseguido, Cifuentes, que, según palabras de Baudelaire, llevaba escrito "mala estrella en caracteres misteriosos en los repliegues de la frente". Es mi intención referirme a Romeo Murga, fallecido hace 68 años, no alcanzando una existencia veinteañera, pues había nacido en Copiapó en 1904, falleciendo en 1926. Neruda al citar la infancia de su amigo copiapino expresa: "En todas partes es el niño entristecido que no habla... Así veo en una casa blanca a mi amigo Romeo Murga..." Llega a Santiago a estudiar Francés en el antiguo Pedagógico. Por sus patios era habitual ver los paseos de Murga con Eugenio González, Pablo Neruda, Rubén Azócar, Yolando Pino Saavedra y otros. Pronto aparecen los primeros versos de Murga en revistas de esa época: "Claridad", "Zig-Zag", "Educación y Cultura", etc. Acaso su éxito más notorio fue el primer premio en el Elogio a la Primavera de la Primavera, en 1923, concurso al que postuló con "Poema de la fiesta": "Hay un cielo sin nubes, de azul sonrisas inmensa/ ardiente y vasto cielo sobre la tierra ardiente/ En este luminoso cielo de Dios,

destella/ la cabellera rubia de un sol adolescente"/ Similar galardón habían obtenido Gabriela Mistral en 201914, también Neruda en 1921. Entre otros laureados en estos certámenes literarios están Víctor Barbería, Julio Barreñochea, Oscar Castro, Nicanor Parra y otros exponentes relevantes de nuestra lírica. Sería interesante edificar algo sobre las fiestas de la primavera en la poesía chilena.

Según González Vera, la vida de Romero Murga, como de una cincuentena de poetas menores de 25 años, rodeaban la inquieta Federación de Estudiantes, se desarrollaba entre "amar, leer y escribir". Titulado como profesor de Estado en la lengua de Lamartine, es designado, en 1924, Romero Murga en el Liceo de Quillota. Ya conocido como autor de "El libro de la fiesta", "Canto en la sombra" y "Madre de los poetas" debe abandonar la inquieta ciudad, retornando a la provincia donde "las tardes se apagan mansamente", según Daniel de la Vega. En Quillota lo recuerda su alumno Elías Ligarte: "Este profesor-poeta, alto, delgado, de rostro moreno y pálido, ojos verdes, vivía más que para la pedagogía para el amor y para los libros. Tal vez le faltaba carácter y energía para maestro". Lo real era que todos le comprendían y respetaban. Su poesía y prosa están esencialmente dedicados al amor: "Como el sendero blanco ponque vuella mi verso/ eres tú, toda llena de cosas lejanas./ Llevas algo de extraña, de sutil y disperso/ como el polvo que dejan atrás las caravanas". En Quillota, empieza ya a sentirse enfermo. Cuidado por su madre y su hermana, se traslada a San Bernardo. Allí escribe sus postreros poemas. "Mi madre está diciendo que me muero de fiebre./ No es verdad. Voy viajando por ciudades remotas./ Quizás dentro de poco mi espíritu se quiebre/ por este mar donde llevo mis alas rotas./ La muerte esperaba al joven cantor atacameño en la apacible ciudad de San Bernardo. Mauricio Maertelink en "El tesoro de los humildes" llama "los advertidos" a esos que "los

conocen la mayoría de los hombres. Son indispensables como todos los dolores, y aquellos que no se les han acrecido son menos dulces, menos tristes y menos buenos..." "A menudo no tenemos tiempo de advertirlos, se van sin decir nada y permanecen desconocidos para siempre". Este hombre que hablaba poco, preocupado de algo que no era de este mundo, según lo definen sus alumnos, murió una tibia tarde de otoño -23 de mayo de 1926- que apenas había briser era meteorológico en "Claridad". Era un poeta y eso bastaba. ¿Qué más?, señala Teillier. Pero sería otro poeta, Angel Cruchaga, en unos versos que tituló "Paso de sombras": "Aquí vino a morir Romeo Murga./ pálido joven de cristal herido./ Aquí oyó un horizonte/ de pájaros creando la mañana/ y entre sus manos la canción caía/ como cálida esencia derramada". O como certeramente lo dijo Eugenio González: "En la persistente primavera palpita, confundida, toda nuestra juventud".

Héctor Edo. Espinoza Viqueo

EL SUR invita a sus lectores a escribir y contar las inquietudes de su comunidad. Las cartas que aparecen en esta sección representan exclusivamente la opinión de sus firmantes y no comprometen, por lo tanto, la posición del Diario. Para su publicación se exige que vengan debidamente identificadas.

El Sur, Concepción, 12-II-1993 p.6.

197888

# Romeo Murga [artículo] Héctor Edo. Espinoza Viveros.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Espinoza Viveros, Héctor Eduardo

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Romeo Murga [artículo] Héctor Edo. Espinoza Viveros.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile